

Nuestro abuelo: historia de un maestro y practicante público (1923-1994)

Our grandfather: story of a teacher and nurse injector (1923-1994)

Luis Antonio Serna Cabeza
Pablo Serna Cabeza
Aptacan
(España)



Desde niños, hemos tenido una relación especial con nuestra abuela materna, es muy aficionada a relatar historias de cuando era niña, de cómo se vivía, cuáles eran sus juegos favoritos, cómo era la escuela donde estudiaba..., incluso, guarda algunos de sus juguetes, textos escolares y algún cuaderno en cuya tapa se puede leer, con inexperta letra inglesa, “Rosarito Martínez”. Tantas veces las hemos oído, que somos dignos y orgullosos garantes de la tradición oral, al menos de la de ella y sus 95 años. Por ello, vamos a compartir alguna de las historias referidas a su marido, nuestro abuelo a quien, por desgracia, no hemos podido apenas disfrutar ni escuchar.

Anastasio Cabeza Castrillo nació el 6 de enero de 1923 en Palencia; pero, en realidad, se llamaba Anastasio, como su abuelo, y Baltasar por el santo del día, como mandaba la tradición. Vino al mundo en el seno de una familia acomodada para aquella época, y como “valía” para estudiar, terminado el bachiller marchó a la universidad de Valladolid para cursar la carrera de medicina,

donde completó dos cursos con éxito, pero el “acomodo familiar” no llegaba para continuar; era el mayor de diez hermanos, se le necesitaba para colaborar en la economía familiar y su padre le buscó trabajo: cavar hoyos para poner los postes de telefónica por los montes de Galicia: Antes, le permitieron convalidar los estudios y realizar las prácticas para titularse como practicante/comadrón.

Suponemos que, buscando experiencias, encaminó sus pasos a Galicia y el Bierzo donde debido a su formación lo contrataron de capataz de una brigada y cayó enfermo. De vuelta a casa, dada su poca salud y, como en aquella época se necesitaban maestros, y que sus padres lo eran, aunque nunca ejercieron, le animaron a que convalidara de nuevo y se hiciera maestro. En un tiempo récord cursó las asignaturas necesarias y preparó la oposición convirtiéndose en Maestro Nacional. Recorrió diversos pueblos del Cerrato palentino, entre ellos Venta de Baños (importante nudo ferroviario, apostilla la abuela), donde se conocieron y “la pretendió” después de un tiempo de noviazgo cuajado de románticas y abundantes poesías. Cuando obtuvo destino definitivo en Ver-tabillo, se casaron y, para ser felices y comer perdices como dicen los cuentos, fueron a la casa del maestro con sus tres plantas: el bajo con cocina y dos glorias, en el primer piso, el aula para 80 alumnos, y la superior con tres habitaciones. En la parte de atrás un patio-gallinero con el suelo cubierto de paja para absorber las evacuaciones diarias, donde se debía entrar pertrechado con un palo para alejar al gallo y a las voraces gallinas cuando quedabas en situación de indefensión al agacharte o entrar acompañado. “Superabuelo” pronto solicitó una letrina seca en ese lugar y fue un auténtico escándalo porque con el sistema tradicional, las gallinas ponían huevos comiendo menos trigo, y cada cierto tiempo la paja era renovada por los vecinos y servía de abono. Tras largas y sesudas deliberaciones, les permitirían la reforma si asumían ellos el coste. Contaban los viejos del pueblo que, en una ocasión, el obispo, en confirmaciones, necesitó usar el patio y entró solo y sin palo...

¡Así se edificó el primer retrete del pueblo! Un caprichito de gente de ciudad.

Y los escándalos siguieron: un día los abuelos entraron cogidos del brazo en el casino o bar del pueblo, sacrosanto lugar donde los hombres se reunían sin mujeres... Ellas ya tenían sus lugares para charlar: el postigo, el arroyo para lavar, el paseo hasta la fuente..., ¡se estaban pasando de la raya!

Pronto llegaron los niños: uno, dos, tres, cuatro, y el sueldo empezó a encogerse, acercándolos al dicho “pasas más hambre que un maestro de escuela”. Tuvieron que pensar en otras fuentes de ingresos, y lo normal eran las clases particulares, preparando el ingreso de los destinados a estudiar el bachiller o los exámenes libres de los primeros cursos; ocasionalmente, medir las tierras y cubicar producciones de cereal, pero todo esto no era suficiente.

Entre los trabajos para llenar el puchero, se hizo cazador junto al cura. No acertaban al blanco, pero les regalaban algo para que volvieran, porque al ser dicharacheros y ocurrentes, animaban las reuniones y las esperas en el puesto de caza.

Quedó vacante la plaza de practicante y automáticamente, sin publicarse, fue cubierta de forma ilegal por el médico titular apoyado por los caciques y el alcalde. Ahí es donde nuestra abuela SE PONE TRISTE Y ENFADA contando sus vicisitudes.

“El abuelito” dirigió una instancia a la Jefatura de Sanidad solicitando el puesto de manera interina, presentando su título de practicante pues, además del sueldito que no era grande pero ayudaba, les ampliaba el derecho a las suertes: la suerte de campo (cada funcionario recibía dos obradas de terreno comunal para cereal que les daba pan para todo el año); la suerte de monte (que les daba leña para el invierno); el plato (una parte muy pequeña de la matanza del cerdo); el puchero de chichurro (agua de cocer morcilla y chorizo); y la prueba de la vendimia.

No fue fácil, Los vecinos del pueblo no confiaban en el médico y acudían al curandero, la partera e incluso al veterinario, que era un hombre muy cabal con tarifas económicas y, como precursor del bienestar animal, no hacía diferencias en cuestión de salud entre perros, mulas, ovejas y sus dueños; y dada esta situación, murió una persona.

Todo esto llegó a oídos de las autoridades sanitarias y a mi abuelo le asignaron la plaza de practicante interino.

Demasiada osadía, lo aceptó.

En aquella época, los tratamientos con penicilina eran inyectables y sueros, que generalmente se hacían en el domicilio del enfermo como pautaba el médico. Una parte del vecindario, muy pobre, vivía en las afueras del pueblo en cuevas con mal acceso y abundancia de perros mastines, con lo que esos tratamientos eran especialmente difíciles de aplicar por la noche, durante el invierno y en el horario escolar. Entonces, le denegaron la plaza definitiva por incompatibilidad de horario. Estaba claro que el médico pautaba los tratamientos para provocar esas situaciones y el abuelo no se conformó, presentó instancia con el ruego que se estudiara el reparto de funciones practicante-médico y se realizara una inspección médica. Además, recopiló la lista de los funcionarios que realizaban más de una función pública por la zona, como:

Maestro secretario de ayuntamiento

Maestros carteros

Maestro veterinario

Maestra procurador

Y su caso, sería maestro practicante, que en otras partes de España los había.

La ley no marcaba, en aquellos momentos, incompatibilidades en estos casos, sí con el médico.

Los vecinos preferían al maestro e iban a inyectarse a la escuela fuera del horario escolar. Para facilitarle el trabajo, y sabedores del enfrentamiento, a veces llevaban sus jeringas ya esterilizadas para ABREVIAR, pero él no se fiaba porque en las cuevas seguían usando hogueras para cocinar. También algunos vecinos valientes lo apoyaron: ¡incluso los padres del Bola! niño que comía las patatas crudas porque una vez se quemó los brazos cuando quiso sacar fuera una patata que tenía asando en la hoguera. Hablaron de ¡cómo lo cogió, curó, vendó y, en contra del médico, fue en

taxi con él al hospital donde lo dejaron ingresado! Y cómo paró la hemorragia a otro que se cortó la tibial y llegó vivo al hospital... Total, le dieron la plaza en propiedad, quitaron al otro alcalde por cacique y le nombraron a él, pero sin cobrar nada.

¡Vaya favor el de ser alcalde! Pero, realmente, era algo habitual en aquella época ya que el nivel de analfabetismo entre adultos era altísimo.

Aunque lo intentó, no le permitieron renunciar, y con la mejor de las voluntades se lanzó a mejorar las condiciones del pueblo:

Consiguió la llegada del teléfono, saneamiento del agua de las fuentes acercándolas al pueblo, lavaderos públicos fuera de los arroyos, campañas activas de vacunación, bibliotecas escolares, construcción del nuevo cementerio y una participación muy activa, valiéndose de su carisma, en un programa de nutrición escolar en todos los pueblos del valle, para que los padres reacios a la leche en polvo y queso en los recintos escolares dieran su permiso. Todo esto, le proporcionó numerosas felicitaciones de los inspectores de enseñanza y de la jefatura de educación, además de méritos con puntuación extra para el concurso de traslados.

Todo ello, lo hizo enfrentándose a los caciques y a las fuerzas vivas (que lo consideraban gastos inútiles, en especial los lavaderos porque solo los usaban las mujeres) y en absoluta soledad. Las autoridades del momento, incluido el gobernador, hicieron oídos sordos cuando solicitó su intervención para intentar poner orden en el gasto y las cuentas.

Con el punto extra concursó y se trasladó con su familia a Santander, y aquí hay otra historia.

Sobre aquella época el poeta ventadebañense Juan Martínez Pastor le dedicó esta poesía:

EL POSTIGO

Recuerdo este lugar
como si fuera ahora.

Olía a hogaza tierna,
al humo de las glorias,

Busco en los quicios de las puertas
ennegrecidas hormas,

huellas perdidas de cansadas manos,
rastros de sueños y alondras....

¡Nadie ha escrito tu nombre en estas sombras...!

Hoy se asoma al postigo
tras el olor del alba la tambora
y amanece de nuevo la tristeza
reclamando tu voz y tu memoria....

